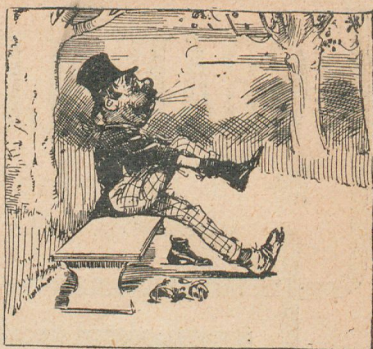




Atorra.—Me veo obligado á anexarme estos botines. Hablando con franqueza, no tengo valor para decirle al zapatero que me los regale. Además, es un hombre muy ocupado y no quiero fastidiarlo con conversación. Me iré al club á ponérmelos.



¡Pucha duplicada! ¡qué trabajo cuesta meter el pie! Estos zapateros cometen un verdadero abuso con nosotros los clientes, haciendo las puntas tan finas. ¡Para qué tendremos dedos en los pies? Todavía no he podido anexarme nada con ellos.



¡Uf! Así se ponía Blondín cuando andaba por la cuerda! ¡Qué telegramas de dolor sin hilos me corren por todo el cuerpo! ¡Dios mío! Que no me encierren en un gallinero con el que hizo estos botines. Lo asesinaría.



¡Sócrates inmortal! Ya entro en el estertor de la muerte. Me he puesto los botines de una rana. ¡Ay! voy á expirar dentro de dos minutos. ¡Auxilio!  
El vigilante.—¡Pucha! Ese va á abrir un agujero en el asfalto.



Atorra.—¡Tirá, filántropo, tirá si sos cristiano! Yo nunca olvido los favores que me hacen mis hermanos queridos; te protegeré, te pondré un salón de lustrar botines. ¿Qué querés? ¿gloria? Serás ángel.



El zapatero.—Por haberme robado los botines, va ahora preso ese desgraciado.  
Atorra.—¿Desgraciado? No sabe usted lo que dice. Soy feliz, completamente feliz. Desde que estoy sin botines, mi felicidad llega á la embriaguez; el mundo es para mí un "bar".